

# **Juan Herrera**

De vuelo  
en vuelo

**AdN**

Diseño de colección: Summa Branding

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Juan Herrera Salazar, 2024  
© AdN Editorial (Grupo Anaya S. A.), 2024  
Calle Valentín Beato, 21  
28037 Madrid  
[www.AdNovelas.com](http://www.AdNovelas.com)

ISBN: 978-84-10138-07-0  
Depósito legal: M. 1.082-2024  
Printed in Spain

... Nuestros amigos, qué poco los visitamos, qué poco los conocemos, es verdad. Pero, cuando conozco a alguien e intento esbozar, aquí, en esta mesa, lo que yo llamo «mi vida», esta vida no es una vida contemplada en el recuerdo; no soy una sola persona; soy muchas personas; ni siquiera sé quién soy —Jinni, Susan, Neville, Rhoda o Luis—, ni se distinguir mi vida de la suya...

*Las olas*, VIRGINIA WOOLF



# Prólogo

---

Dicen los que saben que a los dos años los niños comienzan a interesarse por el nombre de los colores. En ese periodo, un día cualquiera, los padres les hacen a sus hijos esta pregunta: «¿De qué color es el cielo?». Parece una pregunta más, una pregunta sencilla y, sin embargo, si lo pensamos un poco, es una llave que abre puertas a dimensiones insospechadas.

De entrada, el solo hecho de preguntar le abre al niño la posibilidad de aprender a hacerlo. Aprender a preguntar es el punto de partida del aprendizaje. Sócrates hacía de la pregunta su gran herramienta, su palanca para tratar de entender el mundo. La segunda enseñanza de la pregunta sobre el color del cielo es el propio concepto de cielo. El cielo está ahí, sobre nosotros, eterno y discreto, cubriendo con su incontenible actividad nuestros afanes y aburrimientos. Y a pesar de eso, su apabullante presencia apenas forma parte de nuestros temas de conversación. Pero ya puestos, ¿el cielo es un gas? ¿El cielo es un lugar mágico donde viven dios o los dioses?; o, acaso en este momento de la historia, ¿el cielo ya es solo el lugar de trabajo de los

satélites, los drones y los astronautas? Aún hay quien lo llama directamente «bóveda celeste» y, de hecho, durante muchos siglos, los seres humanos pensaban que esa bóveda inmensa, como había conjeturado Anaximandro de Mileto, era una estructura sólida, una cáscara rocosa con agujeros por los que se colaba la luz de un gran fuego exterior que la rodeaba.

Por lo tanto, señalar al niño la existencia del cielo, como concepto y como realidad que flota sobre nuestras cabezas, no es ninguna tontería.

Por último, pero no menos importante, nos queda la enseñanza del color que demandaba la pregunta. Es decir, la historia oculta del color azul. Por increíble que parezca, ni Sócrates ni Platón ni Aristóteles conocieron el azul. Homero tampoco. El autor de la *Odissea*, que sabía con seguridad que en el mar vivían sirenas cantarinas que embriagaban con sus voces a los marineros y que conocía de memoria la vida y milagros de Poseidón, el dios barbudo que gobernaba las galernas, tampoco menciona nunca en su obra la palabra «azul». Y no es porque estos grandes sabios fueran ciegos o daltónicos. Simplemente ese azul, que es la seña de identidad del Mediterráneo, no existía en el mundo griego. Y no solo entonces. El azul, el color de los príncipes de los cuentos, el color de la Purísima Concepción, el color del Danubio y el de los pantalones vaqueros; el color preferido de la gente de nuestro tiempo era hasta 1704 un color prácticamente desconocido. La aparición estelar del azul, y solo por una maravillosa casualidad, tuvo lugar en Berlín a princi-

pios del siglo XVIII como resultado involuntario de un experimento fallido que permitió la obtención de un pigmento al que llamaron «azul de Prusia».

Llegados a este punto, vemos que ha bastado tirar un poco del hilo de la pregunta «¿de qué color es el cielo?» para remontarnos en el tiempo y llegar hasta la raíz de la cultura europea. Porque esta es una de las principales funciones de la cultura: guardar la memoria de los mundos que fuimos, para saber quiénes somos y cómo hemos llegado a serlo.

No hay ninguna duda de que la cultura es memoria, y de que sin ella no hay cultura. Y si esto es así, en un plano social y hasta político, ¿qué sucede cuando a determinada edad nos muerde la vida y sentimos que ha llegado el momento de mirar hacia atrás, para explicarnos y entendernos?

De esa apasionante expedición interior, en busca de mi propia identidad y de la memoria sentimental que la sustenta, trata la presente novela. Todos y cada uno de los personajes de esta historia fueron o son personas reales, que volaron muy alto y que, en algún momento, con gran generosidad, me permitieron volar junto a ellos. Sirva como muestra de admiración y gratitud a su memoria. Sin su luz y su ejemplo, yo no sería el que soy y nunca me hubiera atrevido a levantar el vuelo.

## Antes de nada

---

Antes de nada quiero dejar claro que hoy empiezo este cuaderno solo porque me lo ha pedido cien veces la señorita...; ahora no sé cómo se llama. Bueno, da igual, la señorita rubia de las mañanas. Me ha insistido tanto y con tanto cariño en que escriba que escriba todos los días, a la misma hora, aunque solo sea un poquito, que no me ha quedado más remedio que hacerle caso. En fin, que lo estoy intentando, pero aún no sé para qué quiere que cuente aquí mi vida, si mi vida es muy normal. Le he dicho a ella lo mismo que le dije al doctor: que yo no estoy tonto, que sé perfectamente adónde voy y de dónde vengo, y que mi problema es solamente que no recuerdo cómo me llamo. Mejor dicho, que, de todos los nombres que se me vienen a la cabeza, no sé cuál es el mío. En este momento, por ejemplo, juraría que me llamo Eugenio Mejía, que soy manchego y cazador profesional. De hecho, de un momento a otro va a venir a buscarme Cristóbal Martínez Bordiú, el marqués de Villaverde, para ir juntos a un rececho en Cazorla. Lleva tiempo empeñado en cazar conmigo un gran guarro. Cristóbal me conoce bien y sabe que Ca-



zorla la conozco como la palma de mi mano, que conozco a los guardas por su nombre, y que me sé sus horarios y costumbres. Al marqués, como a mí, nos gusta el riesgo, la emoción de la caza verdadera, la caza furtiva. Ahí vas con la boca seca y el corazón en la garganta, porque te la estás jugando. Por un lado, tienes la tensión de la espera al rececho, el peligro de que el bicho malherido te embista y te reviente y, al mismo tiempo, el estar sintiendo el miedo a los guardas en el cogote. Disfrutar de la desazón de esas horas de espera hasta que, por fin, entra el guarro en tu línea de tiro, te echas el rifle a la cara sabiendo que no puedes fallar, que solo tienes un disparo, un puñetero disparo, para matar al bicho, despiezarlo, meterlo en la mochila y tener una oportunidad de escapar y contarlo. No hay tiempo para más. Un disparo limpio y, después, quince minutos de carreras y de angustia para esconder el rifle, escamotear la pieza en el agujero, cavado previamente, taparlo bien con hojas, borrar el rastro y salir *zingando* antes de que lleguen los guardas. ¡Anda que no hemos cazado veces el marqués y yo en el Pardo, en esas noches de verano, mientras España veranea!

Ahí te la jugabas en serio, porque además de los guardas jurados de dentro, por fuera del muro patrullaba la Guardia Civil. A nosotros nos gustaba cazar en el Pardo en periodos de sequía, cuando el pasto escasea y hay que atraer a los venados a los bordes del coto, con paciencia. Pastorearlos poco a poco, hasta que vayan saliendo del corazón del monte. Se trata de atraerlos para tener tiempo, una vez hecho el disparo,

de borrar bien las huellas y saltar pronto la valla de ladrillo que rodea el Pardo. Es un trabajo lento y minucioso. Durante días, hay que ir dejando regueros de alfalfa fresca por el monte. Además, para no levantar sospechas, hay que cargar el maletero de la Mercedes con pacas de alfalfa, aparcar cerca de la valla de ladrillo y jugársela, sembrando con el pasto fresco las copas de los arbustos, hasta conseguir que el ganado hambriento lo ventee y poco a poco se vayan acercando. En esas largas noches de tensión, a veces le he preguntado al marqués que qué necesidad tenía él, siendo el yerno del que manda, de pasar esas calamidades. Y él me dice siempre:

—Eugenio, la vida no es para pensarla; la vida es para sentirla.

# 1

## Sospechas

---

Hay una duda que me bulle en la cabeza y que me tiene un poco mosca. El asunto es que no recuerdo ni cómo ni por qué he venido yo a parar a este pudridero. No sé si vine solo, si me trajo alguien y, en tal caso, quién pudo ser ese alguien. Tengo un vacío en la cabeza, pero la señorita rubia, la que se empeña en que escriba este cuaderno, dice que no piense en eso, que esté tranquilo, que estoy en buenas manos en una residencia y que me encuentre en periodo de observación. No sé qué es lo que me tienen que observar ni cuánto va a durar la observación. Siempre he pensado que una residencia es un sitio para viejos y yo no lo soy. Alguna vez he estado de visita en alguna y no me gustan. No me gustan porque son espacios hipócritas que huelen a olvido. Parecen una opción razonable, pero son un limbo lleno de juguetes rotos, sin sueños. Para las familias y para la mayoría de la gente, una residencia de ancianos es un pretexto perfecto para desentenderse de engorrosos familiares. Seguramente por eso, las residencias siempre están a las afueras y

tienen jardines cuidados, donde los viejos pueden echarles migas a los pájaros. El problema es que allí nunca hay pájaros. Sobre las residencias siempre planean los buitres, y los pajarillos, que son muy listos, se van a cantar a otro lado. Desde lejos, una residencia parece un hotel, pero las habitaciones no tienen llaves ni cartelito de no molesten.

Hay residencias que parecen un hospital, pero, como mucho y a ratos, tienen dos auxiliares de clínica y un médico mal pagado. También se parecen a los aeropuertos o a las estaciones de tren, porque los rincones están llenos de gente dormida, esperando; esperando trenes o aviones sin destino. Aunque, eso sí, los fines de semana y en Navidad las residencias se parecen a un crucero. Llegan familiares con niños y paquetes de colores brillantes y siempre hay un niño bien peinado o un meapilas dispuesto a tocar al piano «Suspiros de España» y «El tamborilero», pero la realidad es que a ese crucero le falta la mar, la alegría y, sobre todo, le falta el horizonte. Porque, no nos engañemos, una residencia es una cárcel sin sal de la que solo se sale con los pies por delante.